

Formas intersticiales de marginalidad urbana en la narrativa argentina de los últimos años

Marcela Crespo Buiturón

CONICET-UBA-USAL

marcela_gladys_crespo@hotmail.com

Resumen

La literatura argentina suele presentar, frente a fenómenos de exclusión social, de racismo y discriminación, una mirada enfrentada al etnocentrismo, pero en los últimos años han ido apareciendo algunas novelas que problematizan nuevamente la posición del otro dando un nuevo giro conceptual a la cuestión. Ese otro como *semejante* se ha vuelto a convertir progresivamente en otro como *amenaza*. En esta línea pueden citarse novelas tales como *Oscura monótona sangre* de Sergio Olguín, *El oficinista* de Guillermo Saccomano y *Kriminal tango* de Álvaro Abós, entre otras.

Abstract

The Argentine literature is in the habit of presenting, opposite to phenomena of social exclusion, of racism and discrimination, a look faced the ethnocentrism, but in the last years some novels have been appearing that problematize again the position of other one giving a new conceptual draft to the question. This other one since similar it has returned to turn progressively into other one as threat. In this line there can mention such novels as *Oscura monótona sangre*, by Sergio Olguín, *El oficinista*, by Guillermo Saccomano and *Kriminal tango*, by Álvaro Abós, between others

La problemática de la marginalidad ha sido estudiada desde diversos enfoques disciplinares. Partiendo del concepto mismo de marginalidad e indagando en sus causas y consecuencias a nivel social, político, económico y cultural, el relevamiento de sus ocurrencias y de sus representaciones ha generado la aparición de múltiples textos tanto ficcionales como metaficcionales.

Ciñendo el abordaje a la esfera urbana de las sociedades latinoamericanas y enfocando el tema desde una postura netamente descriptivista, los **Estudios Sociales** entienden por marginal aquel sector de la población que ha quedado segregado del sistema de servicios urbanos, en viviendas precarias e improvisadas o en terrenos ocupados ilegalmente. Asimismo, se considera tal, por una parte, en relación al sistema económico-social de producción y consumo, y por otra, a la participación política y a la exclusión de la toma de decisiones¹ (Jaume 1989). Es decir que se entenderían como marginales aquellos grupos desplazados de los centros dominantes, hegemónicos y participantes de la sociedad. Y, en consecuencia, con débil sentimiento de identificación nacional (Nun 2003). Por otra parte, el contraste de las características culturales debido al origen (campo versus ciudad) ha denunciado una nueva forma de marginalidad urbana: las configuraciones de tipo

¹ Esta es la línea de análisis que ha sustentado la CEPAL (Comisión Económica para América Latina).

tradicional de los inmigrantes internos, frente a los rasgos culturales definatorios de la modernidad de los habitantes de la ciudad, han colocado a los primeros en ese espacio periférico que se define como una suerte de “colonia interna”² (DESAL). En este entorno, adquiere especial relevancia la discriminación dirigida a sectores poblacionales que llevan en el cuerpo las marcas de su origen (indígenas, mestizos, etc.), cuya presencia se ha incrementado en estos últimos tiempos debido a migraciones laborales, provenientes del interior del país o de naciones limítrofes. El *otro* se construye así en pos de formas de estigmatización basadas en imaginarios vinculados al cuerpo. Hacia la década del 60 comienzan a aparecer en América Latina una serie de investigaciones en el marco de los Estudios Sociales, entre las cuales destacan dos teorías enfrentadas (Enriquez 2007), una que adopta una **perspectiva no-crítica** de la *marginalidad*, entendiendo por tal un fenómeno coyuntural y transitorio de la sociedad, en virtud del cual una parte de la población no obtiene los beneficios del capitalismo en expansión porque aún no han asumido ni las normas ni los valores ni la forma de ser de los hombres modernos (lo cual supone una cierta voluntad de *progreso* que no se está asumiendo); y la otra, que propone una **visión crítica**, heredera del Materialismo Histórico, que entiende a la marginalidad como un fenómeno estructural y estable de la sociedad capitalista, producto del mismo sistema. En ella, se estudia principalmente la cuestión de la marginalidad en relación con los condicionantes que hacen posible el dominio neocolonial de las metrópolis industriales sobre los países atrasados. Debido al surgimiento y proliferación de la marginalidad urbana en el marco del proceso de industrialización latinoamericana, este enfoque plantea la cuestión en términos de funcionalidad o no de ese sector marginal en las economías globales. En este mismo marco de los Estudios Sociales, aparece más recientemente la noción de “*exclusión social*”, que tiene una amplia aceptación durante las décadas del 80 y 90. Surgen así diversos paradigmas asentados en diferentes filosofías (Silver 1994): el de la *Solidaridad*, que responde a las teorías de Rousseau, buena parte de los enciclopedistas franceses y en el pensamiento de Durkheim, y que sostiene que la exclusión social es producto de la ruptura de los vínculos sociales entre la sociedad y el individuo; el de la *Especialización*, de tradición liberal, con anclaje en la filosofía de Locke y del liberalismo anglo-americano, que analiza el fenómeno a partir de la noción de mercado; y el del *Monopolio*, fundado en el pensamiento de Marx, Weber y Marshall, que entiende que la exclusión se produce cuando los sectores de poder definen reglas que redundan a favor de los intereses de los incluidos y en detrimento de los excluidos.

La literatura argentina suele presentar, frente a fenómenos de exclusión social, de racismo y discriminación, una mirada enfrentada al etnocentrismo, pero en los últimos años han ido apareciendo algunas novelas que problematizan nuevamente la posición del otro dando un nuevo giro conceptual a la cuestión. Ese otro como *semejante* se ha vuelto a convertir progresivamente en otro como *amenaza*. En esta línea pueden citarse novelas tales como *Oscura monótona sangre* de Sergio Olguín, *El oficinista* de Guillermo Saccomano y *Kriminal tango* de Álvaro Abós, entre otras. Tal vez, la clave para entender este nuevo giro se encuentre, en parte, en la vinculación del tema con el incremento de la violencia urbana. Si para reconocer al otro como semejante era necesario volverlo visible (ver al otro, reconocerlo en su variedad), la marginalidad impide este contacto, esta relación

² Este es el modo en que conciben la marginalidad los investigadores del DESAL (Centro de Desarrollo de América Latina).

de visibilidad. Confinados a un espacio periférico y a una política que intenta volverlos invisibles, los marginales de estas novelas han “usurpado” el espacio urbano, se han salido del margen y paulatinamente se han ido “adueñando” de la ciudad. Ahora es el marginal el que impone los límites por donde se puede circular, el que dispone de ese espacio urbano y confina –paradójicamente– al poder hegemónico a pequeños guetos (edificios con vigilancia privada, barrios lujosos, *countries*, etc.). Sin duda alguna, se está imponiendo una nueva percepción del espacio novelesco. La urbe, otrora escenario de represión y muerte debido a dictaduras militares y luchas civiles, se ha reconvertido, ahora como cómplice del marginal, en agente de la violencia. Sus calles son un mapa de recorridos de la criminalidad y la fractura social. Es una Ciudad Criminal que ya no admite figuras inocentes, donde la antinomia delincuente-víctima se ha vuelto conflictiva, pues el primero muestra múltiples formas que no se circunscriben al ámbito marginal, y la segunda ha adoptado rasgos siniestros. Y emergiendo de esta visión casi apocalíptica de la ciudad, surgen figuras protagónicas difusas, con rasgos imprecisos y paradójales, personajes intersticiales, que participan del poder hegemónico pero no se sienten del todo ajenos a los márgenes; o bien, constituyen ellos mismos una nueva forma casi invisible de marginalidad.

Y aquí es donde entiendo que es operativo aludir a la relación sujeto-poder planteada por **Foucault**. Si para este filósofo el sujeto es un efecto producido por formas de poder que lo subyugan, por una sociedad que asigna individualidades, determina identidades y crea asimismo regímenes de verdad que cada cual debe aceptar para seguir “formando parte”, es decir, para ser aceptado por el colectivo, ¿los marginales, los excluidos sociales son aquellos que se rebelan a esta sujeción? ¿O son producto de otra suerte de sujeción, la que determina para ellos otros espacios, otras identidades? No pretendo hacer aquí, en la brevedad de este ejercicio, un análisis literario de ninguna de las obras citadas como ejemplos de esta problemática, pero sí me gustaría reparar en algunos detalles que, entiendo, son significativos a la hora de pensar la cuestión de la marginalidad a la luz de la teoría foucaultiana. Para ello, aludiré brevemente a una de las novelas de mi corpus de investigación: *Oscura monótona sangre*, de Sergio Olguín. En esta novela, Julio Andrada, un exitoso empresario, suele tomar todas las mañanas, camino de su empresa desde Recoleta hasta Lanús, la avenida Amancio Alcorta, supuestamente, “porque le permite adentrarse en los barrios humildes que le recuerdan su procedencia y, sobre todo, le devuelven la medida exacta de su éxito y su ascenso social”³, pero como él mismo piensa:

No eran las ganas de ver la cancha de cemento [de Huracán] las que lo llevaban a bajar por Colonia hacia la avenida Amancio Alcorta. No extrañaba nada. Ni siquiera se le cruzaba la idea de volver la mirada hacia la cancha cuando pasaba cada mañana. Era la avenida Alcorta la que lo atraía silenciosamente. Si unos meses más tarde le hubieran preguntado en qué momento de su vida se había sentido más vivo habría dicho: manejando por la avenida Amancio Alcorta con mi auto, desde Colonia, a Sáenz, cada mañana de la semana, salvo los jueves que llevaba a Miguens, ese nene de mamá convertido en mi contador. (Olguín 2010: 21)

³ Así promociona la Editorial Tusquets su novela premiada en 2010. En parte puede ser así, pero considero que la cita que incluyo a continuación problematiza esta idea.

Hay en estas últimas palabras un acto de rebeldía hacia un espacio y a una identidad impuestos: él forma parte ahora de ese sector al que pertenece su contador y que tiene su parte de la ciudad asignada para poder transitar. Lo que le atrae de la avenida Amancio Alcorta no es que lo conduzca a su barrio natal, como dice el reseñista, sino que le permite pasar frente a la Villa 21. Un día, deteniéndose en un restaurante de paso en dicha avenida, Andrada escucha la conversación de unos camioneros sobre la organización del mercado prostibulario del entorno. Sin saber bien por qué pero no pudiendo contenerse, vuelve al atardecer en su coche y contrata los servicios de Daiana, una prostituta adolescente, en quien cifrará la medida de su deseo. Allí comenzará una carrera desenfrenada que lo llevará a la perdición de todo lo que ha conseguido: ascenso social, familia, etc.: secuestra a Daiana, la saca de la villa y alquila un departamento pequeño para ella. Esta decisión desencadenará una suerte de guerra, en la que los bandos no resultan muy claros, pero que en principio podrían –yo creo que erróneamente– plantearse en los términos de la dicotomía: centro versus margen, ciudad versus villa. Julio Andrada es un personaje peculiar porque dibuja un mapa de recorridos de la violencia y la marginalidad urbanas difuso y por momentos invertido: en su derrotero entre el norte y el sur de la ciudad, denuncia una transgresión permanente de los límites establecidos, creando así dos espacios especulares: la villa y Recoleta. Ambos son lugares cerrados, custodiados: la primera se esconde detrás de un paredón y es vigilada por grupos de villeros que controlan el negocio prostibulario de la zona, y la segunda, por policías corruptos que se han convertido en guardias de seguridad privada de los edificios de lujo. Andrada se mueve en ambos espacios sin sentirse realmente parte de ninguno: tiene prostitutas a cada lado; comete asesinatos en uno y en otro; tiene su fábrica en una zona pobre de Lanús, pero su contador en Retiro. Por lo pronto, es un empresario que participa activamente del proceso de producción y consumo de su sociedad, que juega un rol político dentro de la misma (lo más lejano al marginal, según los Estudios Sociales a los que se ha hecho referencia al comienzo); sin embargo, es el personaje que más se resiste a esa identidad por la que lo reconocen sus pares –con quienes no termina de sentirse a gusto– y por la que también lo reconocen los villeros, a quienes teme tanto como busca. Es un personaje que vive en un borde filoso, desafiando los regímenes de verdad de cada espacio. Esto dispara un cuestionamiento importante en la obra: ¿cuál es el verdadero espacio de la marginación? Cuando Foucault aborda la cuestión de los dispositivos de seguridad y plantea la relevancia de la cuestión territorial, hace un análisis del texto *La Métropolitée* de Alexandre Le Maître, del siglo XVII, y alude a una problemática que adquiere especial trascendencia en las ciudades: la circulación. Comenta:

... la necesidad de intercambios económicos permanentes entre la ciudad y su entorno inmediato para la subsistencia y su entorno lejano para sus relaciones comerciales [hacían que] el encierro de la ciudad, su situación de enclave, [representaran asimismo] un problema. Y en términos generales la cuestión pasa por ese desenclave espacial, jurídico, administrativo y económico de la ciudad; de eso se trata en el siglo XVIII: resituar la ciudad en un espacio de circulación. (Foucault 2006: 29)

Asimismo, en la novela también se plantea la cuestión de la circulación: determinados barrios se comienzan a convertir en una suerte de fortalezas custodiadas, tanto o más que las villas mismas, pero aun así no pueden evitar la presencia de cartoneros, quienes terminan decidiendo por dónde se puede circular. El mismo Andrada se ve envuelto en un

enfrentamiento con uno de ellos, que intercepta a su hija y luego a él en la esquina de su departamento y al que termina disparándole. Del mismo modo, aunque los villeros controlan los barrios del sur, la avenida Amancio Alcorta, tampoco pueden evitar que Andrada entre, mate a un proxeneta y se lleve a Daiana. Esta circulación –que, desde luego, no es del mismo orden al que se refiere Le Maître, pero, en definitiva, termina siendo el eje de la cuestión– denuncia otra racionalidad posible que no se cifra en la “invasión” de los marginales en la ciudad, sino que a partir de Andrada, se vuelve bidireccional. Los invasores ya no son solo esos personajes periféricos que vienen a perturbar el orden establecido por los sectores más pujantes de la sociedad, sino que un miembro de estos últimos hace lo mismo en la villa. ¿Qué pasa, entonces, con estos personajes como Andrada, que parecen ser correctos exponentes de ese efecto de sujeción, que integran hasta el núcleo mismo que dicta las reglas, pero que aun así no se terminan de acomodar a su papel? ¿Cómo considerarlos, entonces? ¿Como una forma de resistencia que nace en el seno mismo de la fuerza a la que se opone?:

...todas estas luchas giran en torno a una cuestión: ¿quiénes somos? Son un rechazo de estas abstracciones, del estado de violencia ideológico y económico que ignora que somos individuos, y también un rechazo a una investigación científica o administrativa que determina lo que uno es. (Foucault 2001: 245)

Esta situación dispara otro cuestionamiento que, al menos literariamente, resulta más relevante: ¿a qué se está resistiendo Andrada?, ¿a la fuerza de sujeción misma, sea cual sea?

Si como dice Foucault, las cosas no se delimitan por sí mismas, sino que son dibujadas en el discurso que las objetiva, el cual depende de prácticas sociales epocales (instituciones, procesos económicos y sociales, normativas, técnicas, etc.) y:

La primera cosa que debe verificarse es lo que yo llamo “necesidades conceptuales”. Quiero decir que la conceptualización no puede fundarse en una teoría del objeto –el objeto conceptualizado no es un simple criterio de buena conceptualización–. Tenemos que conocer las condiciones históricas que motivan nuestra conceptualización. Necesitamos una conciencia histórica de nuestra propia circunstancia. (Foucault 2001: 242)

entonces, poner en situación de diálogo el discurso de los Estudios Sociales y de la Literatura desde la óptica foucaultiana ilumina una posible arista en la concepción de la marginalidad, una grieta que la cuestiona y complejiza, una suerte de fuerza que resiste y que, de alguna manera, suscribe –o ficcionaliza– las palabras del filósofo:

El poder se ejerce solamente sobre sujetos libres que se enfrentan con un campo de posibilidades en el cual pueden desenvolverse varias formas de conducta, varias reacciones y diversos comportamientos. Donde determinados factores saturan la totalidad, no hay relaciones de poder; la esclavitud no es una relación de poder cuando el hombre está encadenado (en este caso se trata de una cuestión de relaciones físicas de constricción) [...] Por esta razón las relaciones entre el poder y el rechazo a someterse de la libertad no pueden separarse. (Foucault 2001: 254)

Referencias bibliográficas

DESAL. *La marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico*. Barcelona: Herder, 1969.

Enríquez, Pedro Gregorio. “De la marginalidad a la Exclusión Social: Un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos”. En *Fundamentos en Humanidades*. Universidad Nacional de San Luis, Año VIII, N° 1 (2007): 57-88.

Foucault, Michel. “Clase del 11 de enero de 1978”. En *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006: 15-45.

_____. “El sujeto y el poder”. En Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001: 241-259.

_____. “Verdad y poder”. En: *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1992: 185-200.

Jaume, Fernando G. “El concepto de marginalidad”. En: Cuadernos de Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, V 2, N° 1 (1989): 25-42.

Nun, J. *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Olguín, Sergio. *Oscura monótona sangre*. Buenos Aires: Tusquets, 2010.

Silver, H. “Exclusión Social y Solidaridad social: Tres Paradigmas”. *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 113, N° 5-6 (1994): 607- 662.